

Noche de Muertos

La conmemoración del día de muertos

Nuestra tradición de conmemorar a los muertos, es una de las más entrañables y difundidas en nuestro país. Tiene un carácter eminentemente religioso que no sólo tiene fundamentos cristianos tomados de la costumbre de “honrar a los fieles difuntos”, sino que conserva muchas de las características del ritual funerario practicado por nuestros antepasados prehispánicos.

Los rituales de “velación”, la colocación de altares y ofrendas en casas y panteones para rendir culto a los difuntos, son el resultado de un complejo tejido que reúne varias tradiciones culturales: por un lado, las nativas de origen precolombino y, por otro, las españolas cristianas que nos llegaron con la conquista, además de las propias de otros grupos provenientes del África, Asia y Europa que emigraron a México durante la Colonia y, posteriormente, en los siglos XIX y XX.

En Michoacán, la conmemoración del Día de Muertos es una tradición solemne que conserva esa genuina manifestación de profundo respeto y veneración a los seres que materialmente ya no existen y a los que, a través de la ofrenda, se rinde tributo.

El ritual de velación que llevan a cabo muchas de nuestras comunidades indígenas de la región del Lago de Pátzcuaro ha tenido profunda raigambre, y se ha realizado desde épocas ancestrales. Los actuales pobladores siguen manteniendo con modalidades y ritos muy similares en lo fundamental, pero con variantes de acuerdo a sus propias creencias y costumbres.

El lugar donde estamos

Michoacán se ubica en el occidente del país; es un estado que por su geografía y medio ambiente natural presenta una gran diversidad de paisajes y climas. Colinda al este con los estados de México y Guerrero; al noreste, con Querétaro y Guanajuato; al oeste con Colima y Jalisco y, al sur, con Guerrero y el Océano Pacífico. Lo atraviesa el Eje Volcánico Transversal, por lo que su topografía es variada y muestra bellos panoramas serranos, verdes llanuras, cálidas costas y abundantes ríos y lagos. Su historia y cultura se conjugan para dar marco a un interesante recorrido.

Antes de la ocupación española, las tierras michoacanas estuvieron habitadas por un importante grupo étnico y lingüístico: los p'urhepechas, que en lengua mexicana eran llamados "michoaques" y a la tierra por ellos habitada Michoacán, palabra que se traduce como "lugar donde abunda el pescado". Los cronistas de los primeros tiempos coloniales se refieren a los michoaques como "tarascos"; pero los actuales pobladores de las regiones donde se asentaron los antiguos habitantes del estado se autodenominan como "p'urhepechas".

De su origen poco sabemos, sólo lo referido por la Relación de Michoacán, en la que se comenta que era un grupo de chichimecas llamados por ellos mismos "Uacúsechas", quienes arribaron a Michoacán dirigidos por el señor Hiretiticáteme. Tras un largo peregrinar, primero se asentaron en un lugar cercano a Zacapu y, más tarde, se establecieron en las proximidades de Santa Fe de la Laguna. Taríacuri, uno de los principales gobernantes, logró consolidar el señorío en Tzintzuntzan, lugar donde se localiza uno de los centros ceremoniales más importantes de los p'urhepechas, en donde sobresalen las "yácatas", que eran los templos o "cúes" de nuestros antepasados.

El imperio p'urhepecha se distinguió por ser un pueblo guerrero al que los mexicas nunca pudieron conquistar; célebre fue la derrota inflingida por los michoacanos a los aztecas comandados por Axayácatl, en la frontera Taximaroa, hoy Ciudad Hidalgo.

A la llegada de los españoles, los michoacanos se sometieron pacíficamente, por lo que la conquista en Michoacán fue fundamentalmente espiritual.

Sin embargo, con el establecimiento de la Primera Audiencia, Nuño de Guzmán, su presidente, emprendió contra los p'urhepechas una guerra cruel, con lo cual se despoblaron los numerosos pueblos habitados. La pacificación fue lograda por los evangelizadores franciscanos y por Vasco de Quiroga, Oidor de la Segunda Audiencia, quien arribó al estado en 1533, y más tarde, ya como Obispo -el primero que tuvo la entidad- emprendió a fondo la conquista espiritual de la región y combatió los abusos de los encomenderos españoles.

De esta conquista espiritual resultó un rico sincretismo religioso, siendo una de sus muestras la conmemoración de Muertos, que aún en nuestros días se efectúa en algunos lugares de la región lacustre como Janitzio, Ihuatzio, Tzurumútaru, Tzintzuntzan y Jarácaro, así como en algunas comunidades de la Meseta P'urhepecha.

La dualidad vida-muerte en la concepción prehispánica

Los pueblos prehispánicos concibieron al universo como un con cierto de contrarios, mundo de dualidades necesariamente opuestas en un juego que daba origen a la existencia misma de los seres. Dentro de esta concepción, el binomio vida-muerte era considerado como dos aspectos de una misma realidad, una consecuencia de la otra, parte de un mismo proceso de relación-destrucción que

había dado origen al universo, al mundo y a la humanidad. Lo que determinaba el lugar donde se iba después de morir dependía, no de la manera de vivir, sino de la forma de morir.

El mundo mesoamericano estaba dividido en tres planos que constituían una unidad en la que ninguna de las partes podía prevalecer sobre las otras: la parte superior o cielo, el plano medio o mundo de los hombres y la parte inferior o inframundo, reino de la oscuridad y de la muerte.

Los p'urhepechas, compartieron esta misma concepción. Su universo, también tripartita, era designado como: el Auándaro o cielo, habitado por los dioses celestes o engendrados representados por el sol, la luna, las estrellas, las águilas mayores y menores y otras aves del cielo: Echerrendo o la tierra donde habitaban los dioses terrestres, dioses que habían descendido para convivir con los hombres, los cuales se hacían presentes en el fuego del hogar o en espíritus que moraban en los animales del monte, en el aire, en el agua de los lagos y ríos y en las grandes rocas; y Cumiechúcuaro o región inferior, lo profundo de la tierra, morada de los dioses que gobernaban el mundo de la muerte.

Cada uno de estos planos estaba dividido en cinco rubros: el centro, el oriente, el norte, el poniente y el sur, a las que correspondía un color, que al parecer para los p'urhepechas fueron: el centro al azul, el oriente al rojo, el norte al amarillo, el poniente al blanco y el sur al negro.

El Inframundo, llamado por los españoles "infierno" del latín ínferus que significa región inferior, para los p'urhepechas era el equivalente al paraíso o cielo cristiano, y se le consideraba como un lugar de oscuridad; se pensaba que en él reinaba la negrura o la sombra. El nombre para designarlo era "Pátzcuaro", que literalmente se traduce como "lugar de la negrura"; es decir, el mundo de la muerte, puesto que la noche es la muerte del sol que va a reinar en la región de las sombras.

Pátzcuaro también fue considerado como la "Puerta del Cielo", lugar por donde acudían y subían los dioses y asiento temporal del Curicaueri, dios del sol y del fuego, al que orrendaron en este lugar.

Los dioses de la muerte estuvieron representados, entre otros, por:

Uitzume, el "perro del agua", servidor del Señor del Paraíso; Ucumo, "topo o tuza" que gobernaba el Cumiechúcuaro. El maestro Corona Núñez supone pudo haber sido también otra de las regiones del Inframundo, ubicada al sur; Thiuime "ardilla negra", dios de la guerra; guerrero negro como el Tezacatlipoca de los nahuas con adornos y plumajes blancos, por lo que se sitúa en el poniente; y el Apatzi, o comadreja que bien pudo localizarse en Apatzingán, ya que esta palabra se traduce como "lugar de comadreas"

Puede decirse que todos los animales que viven bajo la tierra eran considerados por los p'urhepechas como representantes de los dioses de la muerte, máxime que devoraban las raíces de las plantas, como los topos, y provocaban su muerte.

Poco se conoce de la religión y los rituales practicados por los p'urhepechas, ya que la Relación de Michoacán o Códice Escorialense, escrito que describe las

costumbres y la etnohistoria de los michoacanos, está mutilado, su primera parte que probablemente narraba su cosmogonía y religión se perdió.

Sin embargo, la misma Relación nos informa cómo eran los ritos funerarios realizados con motivo de la muerte del cazonci, su gobernante: los caciques del reino ataviaban al cazonci con mantas, rico plumaje y joyas; su cuerpo lo hacían acompañar de sus armas de guerra pero, además, se sacrificaban a varios de sus servidores quienes llevaban consigo sus instrumentos de trabajo, según el oficio con que habían servido al monarca, para seguirle sirviendo en el “más allá”. A la media noche partía la procesión con el cuerpo del cazonci hasta el “patio de los cués grandes”, donde iba a ser incinerado. Ya por la mañana se juntaban las cenizas y las ponían en una manta a la que colocaban una máscara de turquesa, orejeras y brazaletes de oro, collares de turquesa y concha, rico plumaje en la cabeza, rodela de plata a la espalda: su arco y flechas y lo sepultaban al pie del templo del dios Curiacaueri, en un sepulcro previamente arreglado y provisto de vino y comida, flechas, jarros, ollas, etc. La tinaja donde depositaban las cenizas del cazonci era colocada encima de una cama de madera que miraba al oriente; durante cinco días guardaban luto.

Los ritos funerarios eran aplicados también a los demás miembros de la comunidad, a quienes se ponía en ofrenda, todos aquellos objetos que pudiera necesitar y que le permitirían continuar con el trabajo realizado en la tierra y conservar su posición social dentro del grupo.

La Época Colonial y la Nueva Concepción

La tradición religiosa mesoamericana sufrió transformaciones culturales con la conquista y evangelización, “naciendo religiones indígenas coloniales” – en la opinión de Alfredo López Austin –, ya que los naturales mezclaron sus costumbres y creencias con las cristianas implantadas en el Nuevo Mundo por los conquistadores.

Con la llegada de los españoles, cuya conquista se fundamentó en la evangelización; los religiosos buscaron de inmediato la destrucción de las antiguas creencias y sus prácticas, consideradas “idolátricas”. Así, las deidades de la muerte fueron destruidas, no así el culto a los muertos que conjunto los conceptos y prácticas que ambas culturas tenían.

Costumbres y ritos católicos funerarios en el momento de la muerte y horas anuales a los difuntos fueron fácilmente aceptados por los pueblos precolombinos ya que, en cierta manera, coincidían con los antiguos hábitos.

Según se sabe, la iglesia estableció la conmemoración de difuntos para el día 2 de noviembre. Se dice que fue el benedictino San Odilón, Abad de Cluny, quien hacia 1049, a través de su revelación, fija esta fecha para dedicarla a las “ánimas del purgatorio”, lo cual fue apoyado por los pontífices, generalizándose la fecha para tal fin.

El ritual católico para celebrar a los muertos, desde San Odilón, consistía en la celebración de misas, sufragios, oraciones de diversos tipos, responsos, limosnas y oblaciones, por ser las plegarias las formas activas que tenían los vivos para ayudar a los muertos.

Por otra parte, las ideas cristianas del cielo y el infierno, la resurrección del cuerpo y la inmortalidad del alma, penetraron en el mundo indígena más que con las prédicas, a través del arte. El teatro, la escultura, la pintura y la música fueron los medios más eficaces de que se valieron los evangelizadores para cumplir su misión. Así encontraremos en la decoración de capillas y templos de las comunidades indígenas muestras iconográficas que aluden a estos temas, uno muy representado en los primeros tiempos de la Colonia fue el Infierno y sus abrazadoras llamas que consumen a las almas pecadoras; el fin: enseñar el temor a Dios y salvar las almas de cometer pecados capitales.

A las creencias religiosas se incorporaron las costumbres populares usuales en España, donde también se hacían ofrendas: se adornaban las tumbas con flores y se ofrecían alimentos; incluso, se preparaba un pan especial “el pan de ánimas”; se alumbraba a los muertos con lámparas de aceite y se hacían oraciones como parte de los actos religiosos. Los alimentos preparados pan, buñuelos y otros, se comían una vez concluida la celebración.

Así, las costumbres indígenas se entrelazaron con las influencias del Viejo Mundo para formar una tradición mexicana. De los rituales practicados con este motivo, el más difundido, sin duda, fue y ha sido hasta nuestros días, la visita a los cementerios; pero también se colocaban altares en los hogares donde se ponía agua, velas o veladoras, flores y algunos alimentos, de acuerdo a lo que producía cada región y a los platillos de la preferencia del difunto.

Las ofrendas

En nuestros días, la conmemoración del día de muertos conserva esa carga significativa, religiosa y popular que sigue rindiendo tributo a los ya idos, en un ambiente de duelo y de fiesta, de tristeza y de algarabía, porque pervive la creencia en la continuidad de la vida después de la muerte, de que las almas de los muertos viajan y se comunican con los vivos; la incertidumbre acerca del destino de las almas provocada por la certeza del juicio final que enviará a los espíritus al cielo, al infierno, al purgatorio o al limbo, siguen siendo el sustento y razón de ser de los rituales funerarios.

En Michoacán, las celebraciones comienzan desde el 31 de octubre, con la cacería del pato, actividad a punto de desaparecer por la escasez de palmípedos, pero que aún se efectúa, a la que sigue la colocación del altar de “angelitos”, el día 1º de noviembre, para concluir con las honras a los difuntos el día 2.

Estos rituales se llevan a cabo principalmente en la región lacustre del lago de Pátzcuaro y algunas otras comunidades p'urhepechas.

La cacería del pato (Kuirisi-Atakua)

Todavía hace algunas décadas era practicada esta actividad por muchos de los pueblos aledaños al lago de Pátzcuaro, la cual era todo un espectáculo; ver a los cazadores que salían desde los diferentes puntos cardinales, en sus tradicionales canoas, en busca de ánades. Los más diestros los cazaban al vuelo y otros en sus escondites naturales. Hoy día esta práctica sólo se conserva en algunos lugares como Janitzio.

Desde horas tempranas del día 31 da inicio la cacería del pato, el cual servirá para preparar algunas viandas que se han de ofrecer a los difuntos durante los días posteriores. Un buen número de cazadores provistos de sus fisgas-arpón o lanza, armadas con carrizo y disparadas por medio de un tirador, que sirve para dar mayor alcance al brazo y algunas armas de fuego. Se reúnen por comunidades y acuerdan salir, a una hora determinada, a la cacería que no sólo se practica con fines ceremoniales, sino también deportivos.

Reunión y ofrenda

(Teruscan y campaneri)

Parte de las ceremonias que se efectúan para estos días, es la reunión y ofrenda colectiva organizada por los jóvenes purhepechas; es como una especie de "rapiña" permitida y apoyada por las autoridades de la comunidad. Anteriormente esta tradición la llevaban a cabo varios de los pueblos ribereños, ahora está a punto de desaparecer.

El juego da inicio la noche del día 1º de noviembre, cuando los jóvenes del poblado, acompañados de su pisote (guía), nombrado en cada pueblo el 19 de marzo y cuya función era coordinar los festejos religiosos y populares, celebraban el teruscan, -especie de hurto aprobado-, para lo cual toman, a escondidas de los ekuaros (corrales) o de los techos de las casas, mazorcas de maíz, chayotes, calabazas, flores y otros productos de las recientes cosechas.

Los adultos esperaban lo recolectado, en el atrio de la iglesia o en la casa comunal o huatápera, lo que era cocido en un perol propiedad de la comunidad, aparte de servir de ofrenda para aquellos difuntos que ya no tienen quien los recuerde o simplemente que los han olvidado, era distribuido entre los asistentes a la velación.

La ofrenda de los frutos de la cosecha la recolectaban el día 2 por la mañana, cuando salían a pregonar por las calles del pueblo la campaneri, que es una donación. El producto así obtenido se entregaba al cura del lugar, que decía responsos en el templo la tarde de ese mismo día.

Velación de angelitos (Kejtzitakua zapicheri)

Para el día 1º de noviembre se ponen ofrendas y altares a los “angelitos”, o muertos chiquitos que han dejado el mundo de los vivos. Si es su primera ofrenda, el padrino de bautizo lleva un arco, el cual será arreglado con flor de cempoalxóchitl o tinguini-tzitziqui (en p’urhepecha, flor amarilla) y flor de ánima, propias de esta época; asimismo, lleva dulces de azúcar con figura de ángel o de animalitos, juguetes e inclusive ropa, como parte de la ofrenda.

La preparación de la ofrenda en la que toda la familia interviene, es anunciada con cohetes, al igual que durante el recorrido de su casa, a la de los papás del ahijado. En el trayecto van cantando alabanzas y rezando; mientras, en el hogar del pequeño difunto, los padres han dispuesto el altar donde se colocará la ofrenda y han preparado platillos de la cocina tradicional, como pozole, nacatamales y atole, entre otros, que se invitarán a los que llegaran.

La mañana del día 1º, muy temprano, los papás y padrinos del niño se dirigen al panteón a llevar la ofrenda. En la tumba permanecen entre las 5:00 y las 9:00 horas, tiempo en el que encienden velas como un recordatorio de la luz de Cristo y le tributan lo que le han llevado en su ofrenda.

Las ofrendas de “angelitos” es una tradición que llevan a cabo todos los pueblos ribereños del lago de Pátzcuaro y de la Meseta P’urhepecha con algunas variantes. En la isla de Janitzio, por ejemplo, la celebración se hace en el atrio del templo, el día 1º, por la mañana (de 7:00 a 10:00 horas), lugar donde acuden las madres y hermanos de los niños; y en sus tumbas crean bellos adornos con flores, con juguetes de madera, tule y paja. Los regalos que no se les hicieron en vida adornarán su altar en la velación.

En Huecorio, a los niños se les recuerda en sus casas, con la colocación de altares el día último de octubre por la noche; sus ofrendas serán vistosamente adornadas con dulces, pan, juguetes de madera de Tócuaro, de barro de Ocumicho, así como ropa que los padres han traído de Pátzcuaro.

La Velación de los Muertos En diferentes lugares de la región del Lago de Pátzcuaro. (Animecha kejtzitakua).

Como ya dijimos, el día 2 de noviembre la ofrenda está dedicada a los difuntos grandes o adultos. La velación comienza la noche del día primero con la preparación de las ofrendas que se han de colocar en las tumbas o en los altares familiares y concluye ya entrada la mañana del día 2. Para los muertos recientes, es decir los de primera ofrenda, las honras empiezan con el novenario, que inicia nueve días antes, haciendo coincidir el último día con el de muertos; familiares y

amigos allí reunidos rezan el rosario y piden por el eterno descanso del alma del difunto.

Concluidas las actividades en la casa, salen con la ofrenda hacia el cementerio, donde habrán de permanecer hasta el amanecer, al igual que los demás habitantes de la localidad que ofrendaron a sus deudos. Durante la velación acostumbran intercambiar las ofrendas con las personas cercanas o conocidas, como una forma de no regresar las mismas cosas a sus hogares.

En los sepulcros se colocan arcos de varas entrelazadas, arreglados con flores amarillas de cempoalxóchitl, de los que prenden frutas como plátanos, naranjas, limas, jícamas y panes en forma de animales o de rosca cubiertos con gránulos de azúcar pigmentada en color rosa, así como figurillas de azúcar en formas diversas. Las tumbas son cubiertas con servilletas bordadas y sobre ellas ponen cazuelas, jarros y canastas con la comida que fuera del gusto del difunto y las velas que guiarán el camino de los muertos.

El altar familiar, que se coloca en los hogares, se compone según la costumbre de cada lugar, instalándose imágenes religiosas, fotografías de los familiares que han dejado este mundo; en ocasiones, ropa y objetos personales o de trabajo, para evocar su presencia; se encienden velas alrededor de una cruz de pétalos de flor de cempoalxochitl, las cuales deberán permanecer encendidas, ya que ésta les servirán de guías a los muertos. Asimismo se disponen, en floreros de barro negro, que es la cerámica utilizada con fines ceremoniales, ramos de flor amarilla y de anima, y pequeños sahumerios del mismo material, con oloroso y humeante copal. Los alimentos son variados: frutas y vegetales, pan, atados de maíz, generalmente de color, dulces de azúcar de formas diversas; sin faltar los vasos con agua para las ánimas que llegan sedientas y los recipientes con sal, a la que se atribuye múltiples significados,

para algunos representa el sudor, para otros es ofrenda a la tierra; hay quienes la identifican con la sal del bautismo o evocación de que sirve para evitar la corrupción de los cuerpos. Un camino de pétalos de flor de cempoalxóchitl, dispuesto desde la puerta de entrada, hasta el altar conducirá a las ánimas hasta la ofrenda.

Tzintzuntzan

En esta población que fuera la capital del reino p'urhepecha y, más tarde, después de la conquista, la primera ciudad de Michoacán, la velación da inicio en los primeros minutos del día 2 en el panteón, donde comienzan a encenderse los cirios y velas sobre las tumbas previamente aseadas y en las que van colocando su singular ofrenda: flores y alimentos que se hacen acompañar de las mejores piezas de cerámica que se manufacturan en la región: loza negra y vidriada, loza blanca, así como ángeles de paja y madera tallada.

Janitzio

En esta pintoresca isla del Lago de Pátzcuaro se preparan para empezar la conmemoración de la animecha kejtzitakua la noche del día primero, muy cerca de la media noche, antes de terminar el día de Todos los Santos; las mujeres y los niños van llegando silenciosos al cementerio para poner la ofrenda a sus deudos: bellas flores amarillas y sobre los manteles bordados, colocarán los alimentos que fueran del gusto del difunto. Las velas encendidas en el cementerio iluminan los rostros de los que, en aquella noche, partirán con los muertos. Una campana colgante al arco que marca el acceso al campo santo tañerá toda la noche para invocar a los ausentes. Para los habitantes de Janitzio, participar en el ritual de velación es un deber sagrado.

Jarácuaro

Lugar, que según se sabe estuvo poblado desde tiempos muy antiguos, ha conservado su tradición dentro de una atmósfera de más pureza. Allí la ceremonia inicia con la colocación de grandes arcos, uno por cada barrio, que se sitúa en el atrio de la iglesia. La ornamentación de los arcos está hecha de flores, huinumo y otras plantas acompañadas de objetos de uso común. Luego, en la plaza se dan cita los grupos de danzantes quienes ejecutan bellas piezas a través de las cuales muestra su virtuosismo: Jarácuaro es famoso por sus músicos y danzantes.

Mientras, en los hogares se preparan las ofrendas que las mujeres han de llevar al panteón al amanecer. Las ofrendas son retiradas cuando el sol está en lo alto y llevadas al templo donde se entorarán los "alabados". Por la tarde del día 2, las ofrendas se reparten entre los fieles que parten al panteón a la ceremonia de bendición de sepulcros.

Ihuatzio

Antiguo centro ceremonial de los p'urhepechas, ubicado en la ribera del lago de Pátzcuaro, a 12 kilómetros por la carretera Pátzcuaro-Quiroga, la velación se realiza de manera muy similar a los demás poblados, pero se conserva ese carácter de genuina tradición que los tiempos modernos han respetado.

Tzurumútaró

En esta población, ubicada a pocos kilómetros de la ciudad de Pátzcuaro, la conmemoración a los muertos se desarrolla de forma semejante a las anteriormente descritas, pero en la que el trabajo agrícola se ve reflejada en los adornos y ofrendas que se colocan en las tumbas: calabazas, plantas de maíz, flores de la estación, combinadas con multitud de velas y veladoras que iluminan el cementerio.

Estos son, en lo fundamental, los rituales que en el estado de Michoacán se realizan para conmemorar a los muertos, símbolo de devoción y de reafirmación de nuestras creencias, pero también de recuerdo y presencia de los que simplemente se han adelantado en el viaje.

www.letsgopatzcuaro.com